

LA HOGUERA DE LAS VANIDADES EN LA MAR



Ya decía el célebre escritor norteamericano Tom Wolf, autor del fantástico libro *La Hoguera de las Vanidades*, que la vanidad era un sentimiento que se mueve a caballo entre la estupidez y la opulencia. Para mí, sin embargo, es un vicio que pendula entre la estupidez y la estupidez. Así, de año en año vemos barcos más grandes para ser usados tres semanas, mientras lo mantienen una tripulación de diez personas, que luego alquilan para el disfrute de otros. Enormes objetos de aluminio o hierro que brillan en la distancia como para recordarnos que a bordo de los mismos todo es oro y oropel. Pero la realidad es bien distinta, y la mayor parte de estas monstruosas embarcaciones pertenecen a personajes siniestros cuyos negocios sino son turbios, al menos siempre están relacionados con el pelotazo, la especulación y el dinero fácil. Bien es verdad que alguno puede pertenecer a un honrado empresario, pero la excepción siempre confirma la regla. El verdadero empresario, el que produce riqueza de manera continuada, emplea gran parte de sus beneficios en seguir cuidando y creciendo su negocio.

Hace unas semanas navegaba en mi velero por la bahía de Pollensa, cuando la cala de Formentor se cerró ante nuestros ojos por una enorme mancha blanca que jamás habíamos visto en ese lugar. En la distancia parecía un club náutico flotante, un moderno edificio de pisos de corte futurista que hubieran anclado en la bahía. De cerca, y en su popa, solo podía leerse la letra A, pintada sobre el puerto de conveniencia en el que se había abanderado la "cosa" para no pagar impuestos. Vamos, en un acto más de solidaridad mundial por parte de quien, en realidad, nada debería importarle unos euros más o menos tras tremendo despilfarro. Cuando pasaron a su lado varios barquitos de gentes de Pollensa que se acercaban a verlo, pensé que el sufrido propietario de ese trozo de plástico de cinco metros habría pagado más impuestos que el flamante propietario del "club náutico fondeado". Cosas tiene la vida.

En seguida supimos que pertenecía a un magnate de esos que lo mismo le da traficar con petróleo que con armas, dos formas consentidas por la sociedad mundial, que son de las pocas que pueden rentar para pagarse barcos de 5.000 millones; a excepción del juego, las drogas y la prostitución, que son parte de los vicios motores de nuestra sociedad. Estos sujetos también suelen comprar un club de fútbol para ganar una honorabilidad y posición que nunca alcanzarían. Y así, se sientan al lado de reyes y reinas, famosos y políticos, qué algo sacarán.

Junto a él, fondeaba otro mega yate de no menos de 50 metros de eslora, que sino hubiera sido por el de la A, sería el más admirado de la jornada. Cerca de ellos varios barcos de más de 20 metros y cuatro crucetas en sus palos pasaban desapercibidos entre tanto derroche de eslora. Seguro, pensé, que esos otros orgullosos propietarios de mega embarcación de recreo se estarían comiendo las uñas al verse sobrepasados, amargándose un precioso día de verano.

Un poco más allá fondeaba otra joya de los mares en modelo réplica de los años veinte: un barco similar a los que tuvo el Rey Alfonso XII, de nombres Urania e Hispania. O mi paisano el armador vasco Sir Patrik de la Sota y su Goizeko Izarra, casi gemelo del bello barco que teníamos delante. En su popa colgaba una exagerada bandera británica a la que su propietario le había añadido el escudo feudal de su familia, como si la nobleza se pudiese medir también por el tipo de yate que uno exhibe.

En la bocana de la dársena había dado el ancla otro hotel flotante que se pasó todo el día haciendo volar a su helicóptero, con lo que amargó la jornada marinera de los otros privilegiados, dado el insoportable ruido que hacía la aeronave cada vez que despegaba y aterrizaba.

Y en el entorno de tan famosa Bahía anclaban otros barcos menores, cada uno de más de 20 metros de eslora, pero que quedaban empujados con las ciudades flotantes de las que hablaba al principio. En la distancia uno se preguntaba sobre la rentabilidad de tamañas inversiones, llegando rápidamente a la conclusión que hay cosas que no se pueden medir por parámetros financieros; que el ego, la vanidad y la necesidad de destacar sobre los demás es un instinto primitivo que ha movido a la humanidad desde sus orígenes.

Y es que, amigos, siempre habrá un barco más grande, un tipo con más dinero y con más ego que tú; además de más golfo, corrupto y despiadado; así que, lo mejor es disfrutar del velerito de día y la zodiac, pasando por la tabla de surf o la mera colchoneta de baño. A la postre no es más feliz el que más tiene sino el que menos necesita, y la mar y el paisaje, de momento, siguen ahí para todos.